

COMPETITIVIDAD AGRÍCOLA CON EQUIDAD

*Danilo Herrera**

INTRODUCCIÓN

Los teóricos se preguntan si es posible aumentar la producción y mejorar al mismo tiempo la distribución de los ingresos. Los políticos en campaña “se desviven” por el tema, y desde luego, anuncian con bombos y platillos que sí se puede y que “eliminaremos la pobreza”. Los signos en América Latina no son alentadores; por ejemplo, un país como Costa Rica, de tradición, muy preocupado por el tema de la distribución de la riqueza y estandarte de políticas e instrumentos para facilitar la movilidad social, comienza a “hacer aguas”. Así lo revela el Segundo Informe sobre Desarrollo Humano en Centroamérica y Panamá, elaborado por el Proyecto Estado de la Nación y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Costa Rica es el país de América Central en el que más creció la desigualdad en la distribución de la riqueza durante la última década. Actualmente, el 30 por ciento más rico de la población obtiene el 60 por ciento de los ingresos. Aún así, Costa Rica no afronta niveles de desigualdad como los de Guatemala y Nicaragua, en donde 70 por ciento de la población sobrevive con el 33 por ciento de los ingresos, pero tiende a acercarse. En Centroamérica, en todos los países, la pobreza es mayor en las áreas rurales que en las urbanas. Mientras un 33,6 por ciento de los residentes urbanos es pobre, un 70 por ciento de los habitantes rurales está en esa situación; por su parte, las personas pobres se ocupan principalmente en el sector informal y el agropecuario, dice el informe.

* Economista, investigador del IICA. Sus opiniones son personales, no necesariamente reflejan la posición del IICA.

En lo que toca a la agricultura y respecto del tema de la pobreza, surge la interrogante de qué tan posible es que este sector contribuya a mejorar la situación social de los agricultores. El tema de la distribución de los ingresos en el agro es un asunto complejo, que va más allá de lo eminentemente agrícola, que se inserta en la problemática del desarrollo rural. Sin embargo, en este documento nos centraremos en el tema de la distribución de los ingresos y las utilidades entre los actores que participan en los agronegocios, entendiendo que una distribución equitativa, contribuye a reducir la pobreza.

El asunto se complica con la apertura comercial; antes era menos complicado porque en general podíamos resolverlo “entre nosotros”, es decir, entre los agentes que participan en los agronegocios; hoy día, el fenómeno de la internacionalización (incremento de los flujos de comercio), la transnacionalización (incremento de los flujos de inversiones) y la globalización misma (que además incorpora un desarrollo tecnológico acelerado, muy concentrado), hace más complicado el reto de lograr que la agricultura se convierta en un agente de mejoramiento social; en general, por el mayor poder de negociación que tienen los compradores de nuestros productos de exportación, como de los exportadores de bienes agroalimentarios hacia nuestros países, que les permite manipular los precios de intercambio, los excedentes y su distribución.

A pesar de estas limitaciones, partimos de la hipótesis, de que sí es posible al interior de los países, principalmente entre los actores locales, llegar a arreglos, acuerdos y negociaciones que conduzcan a relaciones de intercambio, “entre ellos”, más equitativas. Esto será más viable en tanto la producción crezca y haya más riqueza para repartir; para que esto suceda, es necesario superar la teoría del “clima y del derrame”; partimos de la tesis de que, si bien el mejoramiento del “clima para los negocios” es muy importante, es absolutamente insuficiente para que la agricultura crezca, y menos para que crezca de manera redistributiva. Para hacer crecer a la agricultura de manera sostenida hay que trabajar, *al mismo tiempo* y con igual preocupación por a) incrementar la eficiencia productiva, los rendimientos, la calidad de los productos, modernizar los procesos de comercialización, etc.; b) establecer mecanismos que permitan una distribución equitativa de los costos y las utilidades entre los actores que participan en los distintos negocios agrícolas, y c) asegurar métodos de producción garantes de la sostenibilidad de los recursos naturales y del ambiente. Al mismo tiempo se necesita superar la

vieja tradición de pensar en la agricultura como el sector primario; la competitividad con equidad hay que entenderla a lo largo de la cadena productiva, no se puede pensar en equidad en el sector primario desconectada de la intermediación, el procesamiento, la distribución y el consumo; cuánto del precio que paga el consumidor le llega al productor tiene que ver con la equidad. Pero además, el consumidor cada vez más exige productos de calidad, lo cual requiere que todos los eslabones modernicen sus procesos y agreguen calidad.

Esto nos lleva a una definición de competitividad agroalimentaria en sentido amplio, entendiéndose como “la capacidad de una cadena para estar presente en los mercados en forma duradera”¹, y que está muy relacionada con el tema de la equidad: la cadena será sostenible en tanto los distintos grupos de actores reciban remuneraciones razonables (equidad), que por su parte, les permita hacer las inversiones requeridas para entregar al siguiente eslabón un producto de bajo costo y excelente calidad (productividad, eficiencia), de suerte que al final de la cadena, resulte un bien con capacidad para competir en los mercados en forma duradera. Los industriales por ejemplo, necesitan materias primas agrícolas de calidad; productores sin recursos o capacidad para endeudarse, no podrán hacer inversiones para mejorar la calidad de la producción que requiere el emparador o industrial (se argumenta que el industrial puede importar la materia prima, pero hay que recordar que los comerciantes también pueden importar los bienes que producen las industrias). Finalmente, si acabamos con la fertilidad del suelo o con el agua de los ríos la historia se acaba.

Para ahondar en el tema de la equidad, es necesario entonces conocer cuáles son las actividades presentes en una cadena, sus niveles de competitividad, cómo se articulan sus actores, quién o quiénes tienen un mayor poder de negociación, etc.

¹ Para entender competitividad, es necesario relacionarla con las fuentes de una prosperidad de las naciones. El estándar de vida de una nación es determinado por la productividad de su economía, que es medida por el valor de las mercancías y de los servicios producidos por la unidad de los recursos humanos, capitales, y naturales de la nación. La productividad depende ambos del valor de los productos y los servicios de la nación, medido por los precios que pueden alcanzar en mercados abiertos, y la eficacia con la cual pueden ser producidos. La competitividad verdadera, entonces, se basa sobre productividad. Michael Porter. *Enhancing the Microeconomic Foundations of Prosperity. The Current Competitiveness Index.*

